

b h CRITICA MUSICAL

"LA PASION SEGUN SAN MATEO"

BO MUNDUO. SAGU. 26-VI-1975. P.25

El cuarto programa de abono en el Teatro Astor estuvo dedicado a "La Pasión según San Mateo", de Bach, seguramente una de las creaciones más grandes, hermosas y profundas de todos los tiempos. Bajo la batuta de John Carewe colaboraron la Orquesta y el Coro Sinfónico de la Universidad de Chile, el Coro de Niños del Colegio San Ignacio (El Bosque), el organista Miguel Letelier y los solistas Marisa Lena (soprano), Carmen Luisa Letelier (contralto), Roberto Beltrán (tenor), Fernando Lara (barítono) y Mariano de la Maza (bajo). Los cortes que solía hacer Furtwängler —amén de dos saltos adicionales que eliminaban el dúo de los falsos testigos y aquel de los sacerdotes— redujeron la extensión de la partitura a lo más esencial, obteniéndose en esta forma una versión de aproximadamente dos horas y media de música.

El concepto de Carewe no parece unitario y en la función del viernes hubo, además, pequeñas fallas de concertación, especialmente en algunos empalmes. Cierta falta de efectismo hizo, tal vez, poco excitante o conmovedora esta entrega, aceptable, sin embargo, por sus "tempi" más bien alados, un carácter de adecuada limpieza, el enfoque casi siempre antirromántico. También hubo cosas raras como, por ejemplo, las brevísimas apoyaturas rocoché, y fusas que se asemejaban a semífusas, en la parte instrumental del aria "Apídate, Dios mío", o el grito "Barabbam" de la muchedumbre azuzada, tomado casi tan lento como si fuera el principio del Kyrie de la Misa en Si menor. En total, la dirección, a veces dispar, incoherente, deshilvanada, dio señales de que aquí se trataba de ceñir, dominar y verter una obra, complejísima, de la que Carewe hubo de hacerse cargo por enfermedad del maestro que debió conducirla.

La orquesta, formada por los arcos y algunas maderas de la Sinfonía, tuvo un desempeño distinguido. Recordamos, par-

ticularmente, el dulce brillo de las cuerdas en los recitativos de Jesús; el notable solo del contrabajo con la contralto, y las intervenciones del oboe en el aria para tenor y coro. Igualmente impecable y disciplinada fue la actuación del organista, mientras que primer chelo y clavecín, a quienes lo correspondió ejecutar el "continuo" en los recitativos secos sin ser ayudados por la batuta, dieron algunas pruebas de poca familiaridad con su tarea y de falta de presencia de ánimo.

Sin reparo puede apañarse la hazaña que lograron los coros. Tanto Hugo Villarreel, jefe del conjunto universitario, como Gilberto Ponca, director del grupo infantil, habían preparado a sus respectivos orfeones con todo cariño y esmero. La seguridad musical acrisolada y buena pronunciación del idioma alemán de estas agrupaciones vocales constituyeron, por así decir, el eje y núcleo del concierto.

La disposición simétrica de los dos coros de adultos y grupos orquestales en el escenario, apostándose en la pared central de fondo al coro de niños, no fue acústicamente benéfica para este último, que habría merecido estar ubicado en el proscenio. Sin embargo, pudieron apreciarse sus méritos, en las melodías luteranas de contrapunto como en el refuerzo de los corales de la grey.

Escuchar al Coro Sinfónico proporcionó un solar extraordinario. Razones de espacio impiden detallar sus aciertos. Recordemos tan sólo la equilibrada suavidad conseguida en "Quiero velar por mi Jesús", el nítido perfil de "Han apresado a mi Jesús", el impacto tremendo de "Hayos y truenos".

Respecto de los solistas puede afirmarse que cantaron en general con fraseo conveniente y fonética no desprovista de leves errores. Prevalció en este quinteto vocal un clima tenso y nervioso tal vez debido a que el bajo entró en sustitución de un colega prácticamente a última hora y sin preparación.

La soprano exhibió un material claro y bello, que a veces sonaba incómodo en los agudos. Alcanzó su mayor excelencia en el dúo con la contralto, mientras que el recitativo "A todos hacía el bien", se vio dañado por una entrada prematura. Convincentes e imperturbablemente firmes fueron todas las páginas interpretadas por la contralto, cuya acendrada certidumbre de emisión, estilo, solfeo y afinación iba unida a honda emotividad.

El tenor argentino que hizo de Evangelista ostenta un timbre atiplado, curiosamente gangoso. El oído apenas se acostumbra a este color poco atractivo, tan feble en los graves que fue incapaz de rendir justicia a la grandiosidad de lo que acontece después de la muerte de Jesús. Atestiguó altas virtudes sonoras y estilísticas en su aria con coro, expresión entrañable en el significativo canto del gallo, no encontrando acentos dramáticos sino para el apresamiento en Getsemani.

A pesar de algunas notas equivocadas, el barítono creó una figura de Cristo impresionante gracias a los tintes cálidos de su voz ora sedosa, ora incisiva, casi nunca engrosada artificialmente. Sin transmitir sentimientos místico-religiosos, supo componer un Jesús expresivo, obteniendo rasgos de intimismo vibrante en la institución de la Eucaristía.

El bajo merecería todos los atenuantes por haber salvado la función. Sin embargo, sus nociones caóticas de ritmo y melodía provocaron enredos musicalmente inaceptables, por doloroso que resulte decirlo. Fue el caso de "Salvo a otros y así mismo no puedo salvaras" (Mateo 27,42).

A la salida —silenciosa por solicitud expresa del director— se notó un marcado ambiente de funeral. ¿Afflicción por la muerte de Cristo, o tristeza por lo que el magno esfuerzo de este espectáculo pudo haber sido y no fue?

Federico Heinlein

AUTORÍA

Heinlein Funcke, Federico, 1912-1999

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"La Pasión según San Mateo" Crítica Musical [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile